

Con un diestro y prestisimo gobierno  
El pesado cuchillo rodeaba,  
Y á Cron, como si fuera junco tierno,  
En dos partes de un golpe lo tajaba;  
Tras este al diestro Pon envia al infierno,  
Y tras de Pon á Lauco despachaba;  
No hallando defensa en armadura,  
Descuartiza, desmiembra, y desfigura.

Llamábase este Andrea, que en grandeza  
Y proporcion de cuerpo era gigante,  
De estirpe humilde, y su naturaleza  
Era arriba de Génova al levante;  
Pues con aquella fuerza y lijereza,  
A los robustos miembros semejante,  
El gran cuchillo esgrime de tal suerte  
Que á todos los que alcanza da la muerte.

De un tiro á Guaticol por la cintura  
Le divide en dos trozos en la arena,  
Y de otro al desdichado Quilacura  
Limpio el derecho muslo le cercena;  
Pues de golpes así desta hechura  
La gran plaza de muertos deja llena:  
Que su espada á ninguno allí perdona,  
Y unos cuerpos sobre otros amontona.

Y como dos mastines rodeados  
De gozques importunos, que en llegando  
A verse con los cerros erizados  
Se van el uno al otro regañando:  
Así los dos guerreros señalados,  
Las inhumanas armas levantando,  
Se vienen á herir; pero el combate  
Quiero que al otro canto se dilate.



A Colca de los hombros arrebatada  
La cabeza de un tajo, y luego tiende  
La espada acia Maulén, señor de Itata,  
Y de alto á bajo de un revés le hiende:  
Lanzas, hachas y mazas desbarata,  
Que todo el pueblo bárbaro le ofende,  
Llevando muchos tiros enclavados  
En los pechos, espaldas y en los lados.

Como la osa valiente perseguida  
Cuando le van monteros dando caza,  
Que con rabia, sintiéndose herida,  
Los fiudosos venablos despedaza,  
Y furiosa, impaciente, embravecida,  
La senda y callejon desembaraza,  
Que los heridos perros lastimados  
Le dan ancho lugar escarmentados:

De la misma manera el fiero Andrea  
Cercado de los bárbaros venia;  
Pero de tal manera se rodea  
Que gran camino con la espada abria;  
Crece el hervor, la grita y la pelea  
Tanto que la mas gente allí acudia:  
Hé aquí á Rengo también ensangrentado,  
Que llega á la sazón por aquel lado.



## CANTO XV

En este quinceno y último canto se acaba la batalla, en la cual fueron muertos todos los araucanos, sin querer alguno dellos rendirse. Y se cuenta la navegacion que las naos del Perú hicieron hasta llegar á Chile, y la grande tormenta que entre el rio de Maule y puerto de la Concepcion pasaron.

¿Qué cosa puede haber sin amor buena?  
¿Qué verso sin amor dará contento?  
¿Dónde jamás se ha visto rica vena  
Que no tenga de amor el nacimiento?  
No se puede llamar materia llena  
La que de amor no tiene el fundamento.  
Los contentos, los gustos, los cuidados,  
Son, si no son de amor, como pintados.

Amor de un juicio rústico y grosero  
Rompe la dura y áspera corteza,  
Produce ingenio y gusto verdadero,  
Y pone cualquier cosa en mas fineza:  
Dante, Ariosto, Petrarca y el Ibéro,  
Amor los trujo á tanta delgadeza,  
Que la lengua mas rica y mas copiosa,  
Si no trata de amor, es disgustosa.

Pues yo de amor desnudo y de ornamentos  
Con un inculto ingenio y rudo estilo,  
¿Cómo he tenido tanto atrevimiento,  
Que me ponga al rigor del crudo filo?  
Pero mi celo bueno y sano intento,  
Esto me hace á mí añadir el hilo  
Que ya con el temor cortado había,  
Pensando remediar esta osadía.

Quíselo aquí dejar, considerado  
Ser escritura larga y trabajosa,  
Por ir á la verdad tan arrimado  
Y haber de tratar siempre de una cosa:  
Que no hay tan dulce estilo y delicado,  
Ni pluma tan cortada y sonora,  
Que en un largo discurso no se estrague,  
Ni gusto que un manjar no le empalague.

Que si á mi discrecion dado me fuera  
Salir al campo y escoger las flores,  
Quizá el cansado gusto removiera  
La usada variedad de los sabores;  
Pues como otros han hecho, yo pudiera  
Entretejer mis fábulas y amores;  
Mas ya que tan adentro estoy metido,  
Habré de proseguir lo prometido.

Al lombardo dejé y al araucano  
Donde la guerra andaba mas trabada,  
Que vienen á juntarse mano á mano,  
La espada alta y la maza levantada.  
De malla está cubierto el italiano,  
El indio la persona desarmada;  
Y así como mas suelto y mas lijero  
En descargar el golpe fué el primero.

El membrudo italiano, como vido  
La maza y el rigor con que bajaba,  
Alzó el escudo en alto, y recogido  
Debajo dél el golpe reparaba:  
Por medio el fuerte escudo fué rompido,  
Y en medio la cabeza le cargaba,  
Que batiendo los dientes vió en el suelo  
Las estrellas mas mínimas del cielo.

El brazo descargó que alto tenia  
Sobre el valiente bárbaro el lombardo,  
Pensando que dos piezas le haria  
Segun era del ánimo gallardo;  
Pero Rengo que punto no perdía,  
Como una onza lijera y suelto pardo,  
Un pronto salto dió á la diestra mano,  
De suerte que el cuchillo bajó en vano.

Tras esto el diestro bárbaro rodea  
La poderosa maza de manera  
Que á acertarle de lleno, no al Andrea,  
Pero un duro peñasco deshiciera;  
Igual andaba entre ellos la pelea,  
Aunque temo yo á Rengó á la primera  
Vez que el cuchillo baje, si le halla,  
Que habrá fin con su muerte la batalla.

Mas con destreza y gran reportamiento,  
Desnudo de armas y de esfuerzo armado,  
Entra, sale y revuelve como el viento,  
Que en maña y lijereza era estremado:  
Hace siempre su golpe, y al momento  
Le halla el enemigo así apartado,  
Que aunque el cuchillo de dos brazas fuera  
Alcanzar á herirle no pudiera.

Mil golpes por el aire arroja en vano  
El furioso italiano embravecido,  
Viendo cómo desnudo un araucano,  
Y él armado, le tiene en tal partido:  
La izquierda junta á la derecha mano,  
Y apretando la espada de corrido  
Al bárbaro arremete altos los brazos,  
Pensando dividirlo en dos pedazos.

El araucano con mañoso brio  
Baja la maza firme lo esperaba;  
Mas el cuerpo hurtó con un desvío,  
Al tiempo que el cuchillo derribaba;  
Así que el brazo y golpe dió en vacío,  
Y de la fuerza inmensa que llevaba  
El gran cuchillo sustentar no pudo,  
Quedando allí con solo medio escudo.

Pues como tal lo vió, suelta la maza,  
Cerrando el presto bárbaro de hecho,  
Y cuerpo á cuerpo así con él se abraza  
Que le imprime las mallas en el pecho:  
No por esto el lombardo se embaraza;  
Mas piensa dél así haber mas derecho,  
Y con brazos durísimos lo afierra,  
Creyendo levantarlo de la tierra.

Lo que el valiente Alcides hizo á Anteo,  
Quiso el nuestro hacer del araucano;  
Mas no salió fortuna á su deseo,  
Y así el deseado efeto salió en vano:  
Que el esforzado Rengo de un rodeo  
Le lleva largo trecho por el llano,  
Sobre los cuerpos muertos tropezando,  
Siempre con mas furor sobre él cargando.

Andrea, de empacho ardiendo en rabia  
Sintiéndose de un hombre así apurado,  
Firme en el suelo con los piés estriba  
Cobrando esfuerzo del honor sacado;  
Y de manera sobre Rengo arriba,  
Que de tierra lo lleva levantado,  
Que era de fuerza grande y de gran prueba  
Bastante á comportar la carga nueva.

Yo vi entre muchos jóvenes valientes,  
Sobre pruebas de fuerza porfiando,  
Trabar él una cuerda con los dientes,  
Asiendo cuatro della y estribando  
Todos á un tiempo á partes diferentes,  
A su pesar llevarlos arrastrando;  
Y de solos los dientes se valia,  
Que las manos atrás presas tenia.

Y con facilidad y poca pena  
La mayor bota ó pipa que hallaba,  
Capaz de veinte arrobas de agua llena,  
De tierra un codo y mas la levantaba:  
Y suspendida sin verter serena,  
La sed por largo espacio mitigaba,  
Bajándola después al suelo llano,  
Como si fuera un cántaro liviano.

Aconteció otras veces barqueando  
Rios en esta tierra caudalosos,  
Ir la corriente el impetu esforzando  
A desbravar en riscos peñascosos  
Arrebatando el barco, no bastando  
La fuerza de los remos presurosos;  
Y él cubierto de malla como estaba  
Luego animoso al agua se arrojaba;

Y una cuerda en la boca, revolviendo  
Al furioso raudal el duro pecho,  
Los piés y fuertes brazos sacudiendo  
Rompió por la canal casi derecho:  
Remolcando la barca, y resistiendo  
El impetu del agua del estrecho,  
La sacaba á la orilla en salvamento,  
Haciendo otras mil cosas que no cuento.

A Rengo aquí también sobrepujaba,  
Que no fué de su fuerza menor prueba;  
Pero Rengo, que en ira se abrasaba  
Viendo que sin firmarse alto lo lleva,  
Hizo por fuerza pié, y sobre él tornaba  
Sacando la vergüenza fuerza nueva,  
Pero al cabo los dos se desasieron,  
Y otra vez á las armas acudieron.

Y comienzan de nuevo el fiero asalto,  
Como si descansaran todo el dia;  
Ora presto por bajo, ora por alto  
Sin miedo el uno al otro acometia:  
Rengo, que de armadura estaba falto,  
Con tal destreza y maña se regia,  
Que sostiene en un peso aquella guerra,  
No perdiendo una mínima de tierra.

Con presteza una vez tal golpe asienta  
Al valiente cristiano por un lado,  
Que toda la persona le atormenta,  
Segun que fué de fuerza muy cargado:  
Otro redobla y otro, y á mi cuenta,  
Al cuarto que bajaba mas pesado,  
El astuto italiano se desvía,  
Y de una punta al bárbaro heria.

La espada le atraviesa el brazo fuerte  
Abriéndole en el lado una herida;  
Mas fué tal su ventura y diestra suerte  
Que no le privó el golpe de la vida.  
El bárbaro en ponzoña se convierte,  
Y con braveza fuera de medida,  
Con el fiero enemigo fué en un punto  
Descargando la maza todo junto.

El italiano en alto el medio escudo  
Alzó por recoger el golpe extraño;  
Pero del todo resistir no pudo,  
Aunque se reparó parte del daño:  
Batióle la cabeza el golpe crudo,  
Y cual si el morrión fuera de estaño,  
Y no de fuerte pasta bien templado,  
Así de aquella vez quedó abollado.

Dos ó tres pasos dió desvanecido  
Del golpe el italiano vacilando,  
Perdida la memoria y el sentido,  
Y anduvo por caer titubeando:  
La sangre por el uno y otro oído  
Le reventó en gran flujo, como cuando  
Revienta de abundancia alguna fuente;  
Y en pié se tuvo bien difícilmente.

Pero vuelto en su acuerdo, que se mira  
Lleno de sangre y puesto en tal estado,  
Mas furioso que nunca, ardiendo en ira  
De verse así de un bárbaro tratado,  
El brazo con el pié diestro retira  
Para tomar mas fuerza, y el pesado  
Cuchillo derribó con tal ruido,  
Que revocó en los montes del sonido.

Rengo, que el gran cuchillo bajar siente  
Y el impetu y furor con que venia,  
Cruzando la alta maza osadamente  
Al reparó debajo se metia:  
No fué la asta defensa suficiente  
Por mas barras de acero que tenia,  
Que á tierra vino della una gran pieza  
Y el furioso cuchillo á la cabeza.

Fué este golpe terrible y peligroso,  
Por do una roja fuente manó luego,  
Y anduvo por caer Rengo dudoso,  
Atónito y de sangre casi ciego:  
El italiano allí no perezoso,  
Viendo que no era tiempo de sosiego,  
Baja otra vez el gran cuchillo agudo,  
Con todo aquel vigor que dalle pudo.

En medio de la frente en descubierta  
Hiere al turbado Rengo el italiano,  
Y hubiérale de arriba abajo abierto,  
Si no torciera al descargar la mano:  
El golpe fué de llano, y como muerto  
Vino al suelo tendido el araucano;  
Y el cuchillo del golpe atormentado  
Por tres ó cuatro partes fué quebrado.

Crino, que volvió el rostro al gran ruido  
Del poderoso golpe y la caída,  
Viendo al valiente Rengo así tendido  
Pensó que era pasado desta vida,  
Y de amistad y deudo conmovido,  
La espada de su propio amo homicida  
Que en Penco Tucapel ganado habia,  
En venganza del bárbaro esgrimia.

Pasa al Andrea de un golpe el estofado  
No reparando en él la cruda espada,  
Que rompiendo la malla por el lado  
Le penetró hasta el hueso la estocada;  
Vuelve con un mandoble, y recatado  
Andrea viendo venir la cuchillada,  
Fué tan presto con él por resistirle,  
Que no le dejó tiempo de herirle.

Sin darle mas lugar con él se aferra,  
Donde en satisfaccion de la herida  
Alzándole bien alto de la tierra  
De espaldas le tendió con gran caída;  
Y por dar presto fin á aquella guerra,  
La espada le quitó y luego la vida,  
Metiéndose tras esto por la parte  
Que andaba mas sangriento el fiero Marte.

Hiende por do el monton ve mas estrecho:  
¡Triste de aquel que allí con él se junta!  
Uno parte al través, otro al derecho,  
Otro al sesgo, otro ensarta de una punta,  
Otros que tiende, aun no bien satisfecho  
A coces los quebranta y descoyunta:  
Brazos, cabezas por el aire avienta,  
Sin términos, sin número ni cuenta.

El buen Lasarte con la diestra airada  
En medio del furor se desenvuelve;  
Pasa el pecho á Talcuén de una estocada,  
Y sobre Titaguán furioso vuelve;  
Abrióle la cabeza desarmada;  
Mas el rabioso bárbaro revuelve,  
Y antes que la alma diese, le da un tajo  
Que se tuvo al arzon con gran trabajo.

Pacheco á Norpa abrió por el costado,  
Y á Longoval derriba tras el muerto.  
Pues Juan Gomez tambien por aquel lado  
De fresca sangre bárbara cubierto  
Habia de un golpe á Colca derribado,  
Y á Galvo el desarmado vientre abierto:  
El bárbaro mortal, la color vuelta,  
Dió en el postrer suspiro la alma envuelta.

Gabriel de Villagrán no estaba ocioso:  
Que á Zinga y á Pillolco habia tendido:  
Y andaba revolviéndose animoso  
Entre los hierros bárbaros metido.  
El rumor de las armas sonoro,  
Los varios apellidos, y el ruido  
A las aves confusas y turbadas  
Hacen estar mirándolos paradas.

Crece la rabia y el furor se enciende,  
La gente por juntarse se apiñaba;  
Que ya ninguno mas lugar pretende  
Del que para morir en pié bastaba.  
Quién corta, quién barrena, rompe, hiende;  
Y era el estrecho tal y priesa brava,  
Que sin caer los muertos, de apretados  
Quedaban á los vivos arrimados.

La soberbia, furor, desdén, denuedo,  
La priesa de los golpes y dureza,  
Figurarla del todo aquí no puedo,  
Ni la pluma llevar con tal presteza:  
De la muerte ninguno tiene miedo;  
Antes si vuelve el rostro, mas tristeza  
Mostraban, porque claro conocian  
Que vencidos quedaban si vivian.

Mas, aunque de vivir desconfiaban,  
Perdida de vencer ya la esperanza,  
El punto de la muerte dilataban  
Por morir con alguna mas venganza;  
Y no por esto el paso retiraban,  
Ni el pecho, rehusaban de la lanza,  
Si por mover un paso, como digo,  
Dejasen de ofender al enemigo.

Cuatro aquí, seis allí, por todos lados  
Vienen sin detenerse á tierra muertos,  
Unos de mil heridas desangrados,  
De la cabeza al pecho otros cubiertos;  
Otros por las espaldas y costados,  
Los bravos corazones descubiertos:  
Así dentro en los pechos palpitaban  
Que bien el gran coraje declaraban.

Quién en sus mismas tripas tropezando,  
Al odioso enemigo arremetia:  
Quién por veinte heridas resollando  
Las cubiertas entrañas descubria;  
Allí se vió la vida estar dudando  
Por qué puerta de súbito saldria:  
Al fin salia por todas, y á un momento  
Faltaba fuerza, vida, sangre, aliento.

Ya pues no estaba en pié la octava parte  
De los bárbaros muertos no rendidos;  
Villagrán que miraba esto de aparte,  
Viendo los que quedaban tan heridos  
Les envió con dos indios de su parte  
A decir que se entreguen por vencidos,  
Sometiéndose al yugo y obediencia,  
Y que usará con ellos de clemencia.

Todos los españoles retrujeron  
Las espadas y el paso en el momento,  
Y los dos mensajeros propusieron  
El pacto, condicion y ofrecimiento;  
Pero los araucanos cuando oyeron  
Aquel partido infame, el corrimiento  
Fué tanto, y su coraje, que respuesta  
No dieron á la plática propuesta.

Los ojos contra el cielo vueltos, braman:  
¡Morir, morir! no dicen otra cosa;  
Morir quieren, y así la muerte llaman  
Gritando: ¡Afuera vida vergonzosa!  
Esta fue su respuesta, y esto claman,  
Y á dar fin á la guerra sanguinosa  
Se disponen con ánimo y braveza,  
Sacando nuevas fuerzas de flaqueza.

Espaldas con espaldas se juntaban  
Algunos de rodillas combatiendo,  
Que las tullidas piernas les faltaban  
Sostenerse sobre ellas no pudiendo,  
Y aun así las espadas rodeaban;  
Otros que ya en el suelo retorciendo  
Se andaban, por dañar lo que podían,  
A los contrarios piés se revolían.

Viéranse vivos cuerpos desmembrados  
Con la furiosa muerte porfiando,  
En el lodo y sangraza derribados,  
Que rabiosos se andaban revolcando:  
De la suerte que vemos los pescados  
Cuando se va algún lago desaguando,  
Que entre dos elementos se estremecen,  
Y en ellos revolcándose perecen.

Si el crudo Sila, si Neron sangriento,  
Por mas sed que de sangre ellos mostraran,  
Della vieran aquí el derramamiento,  
Yo tengo para mí que se hartaran;  
Pues con mayor rigor á su contento  
En viva sangre humana se bañaran,  
Que en campo Marcio Sila carnicero,  
Y en el foro de Roma el bestial Nero.

Quedaron por igual todos tendidos  
Aquellos que rendir no se quisieron,  
Que ya al fin de la vida conducidos  
A la forzosa muerte se rindieron.  
Los lasos españoles mal heridos  
De la cercada plaza se salieron,  
De armas y cuerpos bárbaros tan llena,  
Que sobre ellos andaban á gran pena.

Ningun bárbaro en pié quedó en el fuerte,  
Ni brazo que mover pudiese espada:  
Solo Mallén, que el punto de la muerte  
Le dió de vivir gana acelerada;  
Y rendido al temor y baja suerte,  
Viéndose de una fiera cuchillada  
En el siniestro brazo mal herido,  
Detrás de un paredon se había escondido.

No sintiendo el rumor que antes se oía,  
Que en torno retumbaba todo el llano,  
Que, como dije, ya la muerte había  
Puesto silencio con airada mano,  
Dejó aquel paredon, y á ver salía  
Si hallaba por allí algún araucano  
A quien se encomendar que le salvase,  
Y la sensible llaga le apretase.

Mas cuando vió la plaza cuál estaba,  
Y en sus amigos tal carnicería,  
Que aunque la muerte los desfiguraba,  
La envidia conocidos los hacia:  
Con ira vergonzosa presentaba  
La espada al corazón, y así decía:  
«¿Cómo yo solo quedo por testigo  
De la muerte y valor de tanto amigo?

»Cobarde corazón, por cierto indino.  
De algún golpe de espada valerosa,  
Pues fué por elección y no destino  
Perder una sazón tan venturosa:  
Tú me apartaste ¡oh flaco! del camino  
De un eterno vivir, y á vergonzosa  
Muerte he venido ya con mengua tuya,  
Por mas que la mi diestra lo rehuya.

»Si á mi sangre con esta del estado  
Mezclarse aquí le fuere concedido,  
Viendo mi cuerpo entre estos arrojado,  
Aunque de brazo débil ofendido,  
Quizá seré en el número contado  
De los que así su patria han defendido;  
Mas ¡ay triste de mí! que en la herida  
Será mi flaca mano conocida.

»¿Qué indicios bastarán, qué recompensa,  
Qué enmienda puedo dar de parte mía,  
Que yo satisfacer pueda á la ofensa  
Hecha á mi honor y patria y compañía?  
Yo turbo el claro honor y fama inmensa  
De tantos, pues podrán decir que había  
Entre ellos quien de miedo bajamente  
Del enemigo apenas vió la frente.

»¿Por qué al temor doy fuerzas, dilatando  
Con prolijas razones mi jornada?  
Arrepentirme ¿qué aprovecha, cuando  
Ya el arrepentimiento vale nada?»  
Aquí cerró la voz, y no dudando  
Entrega el cuello á la homicida espada:  
Corriendo con presteza el crudo filo  
Sin sazón de la vida cortó el hilo.

Cese el furor del fiero Marte airado  
Y descansen un poco las espadas,  
Entre tanto que vuelvo al comenzado  
Camino de las naves derramadas:  
Que contra el recio noto porfiando,  
De Neptuno las olas levantadas  
Prohejando por fuerza iban rompiendo,  
Del viento y agua el ímpetu venciendo.

Por entre aquellas islas navegaron  
De Sangallá, do nunca habita gente,  
Y las otras ignotas se dejaron  
A la diestra de parte del poniente,  
A Chaule á la siniestra, y arribaron  
En Arica, y después difícilmente  
Vimos á Capiapó, valle primero  
Del distrito de Chile verdadero.

Allí con libertad soplan los vientos  
De sus cavernas cóncavas saliendo,  
Y furiosos, indómitos, violentos,  
Todo aquel ancho mar van discurriendo,  
Rompiendo la prisión y mandamientos  
De Eolo su rey, el cual temiendo  
Que el mundo no arruinen, los encierra  
Echándoles encima una gran sierra.

No con esto su furia corregida,  
Viéndose en sus cavernas apremiados  
Buscan con gran estruendo la salida  
Por los huecos y cóncavos cerrados;  
Y así la firme tierra removida  
Tiembla, y hay terremotos tan usados,  
Derribando en los pueblos y montañas  
Hombres, ganados, casas y cabañas.

Tomo I

Menguan allí las aguas, crece el día  
Al revés de la Europa, porque es cuando  
El sol del equinocio se desvía,  
Y al Capricornio mas se va acercando:  
Pues desde allí las naves que á porfía  
Corren al mar, y al austro contrastando  
De bóreas ayudadas luego fueron,  
Y en el puerto coquimbico surgieron.

Apenas en la deseada arena  
Salidos de las naos el pié firmamos,  
Cuando el prolijo mar, peligro y pena  
De tan largos caminos olvidamos;  
Y á la nueva ciudad de la Serena,  
Que es dos leguas del puerto, caminamos  
En lozanos caballos guarnecidos,  
Al esperado tiempo prevenidos.

Donde un caricioso acogimiento  
A todos nos hicieron y hospedaje,  
Estimando con grato cumplimiento  
El socorro y larguísimo viaje;  
Y de dulce refresco y bastimento  
Al punto se aprestó el matalotaje,  
Con que se reparó la hambrienta armada  
Del largo navegar necesitada.

A la gente y caballos aguardaban.  
Que por áspera tierra y despoblados  
Rompiendo con esfuerzo caminaban  
De hambres y trabajos fatigados;  
Pero á cualquier fortuna contrastaban,  
Y desde pocos á la ciudad llegados  
Un mes en mucho vicio reposaron,  
Hasta que los caballos reformaron.

Al fin del cual sin esperar la flota,  
Reparados del áspero camino  
Toman de su demanda la derrota,  
Llevando á la derecha el mar vecino:  
Pasan la fértil Ligua, y á Quillota  
La dejaron á un lado, que convino  
Entrar en Mapochó, que es do pasaron  
Las reliquias de Penco que escaparon.

El sol del comun Géminis salia  
Trayendo nuevo tiempo á los mortales,  
Y del solsticio por cenit heria  
Las puertas y region setentrionales:  
Cuando es mayor la sombra al mediodía  
Por este apartamiento en las australes,  
Y los vientos en mas libre ejercicio  
Soplan con gran rigor del austral quicio.

Nosotros sin temor de los airados  
Vientos, que entonces con mayor licencia  
Andan en esta parte derramados,  
Mostrando mas entera su violencia,  
A las usadas naves retirados,  
Con un alegre alarde y apariencia  
Las aferradas áncoras alzamos,  
Y al norueste las velas entregamos.

La mar era bonanza, el tiempo bueno,  
El viento largo, fresco y favorable,  
Desocupado el cielo, y muy sereno  
Con muestra y parecer de ser durable:  
Seis dias fuimos así; pero al seteno  
Fortuna que en el bien jamás fué estable,  
Turbó el cielo de nubes, mudó el viento  
Revolviendo la mar desde el asiento.

Bóreas furioso aquí tomó la mano  
Con presurosos soplos esforzados,  
Y súbito en el mar tranquilo y llano  
Se alzaron grandes montes y collados.  
Los españoles, que el furor insano  
Vieron del agua y viento, atribulados  
Tomaran por partido estar en tierra,  
Aunque del todo hubiera fin la guerra.

De mi nave podré solo dar cuenta  
Que era la capitana de la armada,  
Que arrojada de la áspera tormenta  
Andaba sin gobierno derramada.  
Pero ¿quién será aquel que en tal afrenta  
Estará tan en sí, que falte en nada?  
Que el general temor apoderado  
No me dejó aun para esto reservado.

Con tal furia á la nave el viento asalta,  
Y fué tan recio y presto el terremoto,  
Que la cogió la vela mayor alta,  
Y estaba en punto el mástil de ser roto;  
Mas viendo el tiempo así turbado, salta  
Diciendo á grandes voces el piloto:  
¡Larga la triza en banda, larga, larga!  
¡Larga presto, ay de mí! que el viento carga.

La braveza del mar, el recio viento,  
El clamor, alboroto, las promesas,  
El cerrarse la noche en un momento  
De negras nubes, lóbregas y espesas;  
Los truenos, los relámpagos sin cuento,  
Las voces de pilotos, y las priesas  
Hacen un son tan triste y armonía,  
Que parece que el mundo perecía.

¡Amaina, amaina! gritan marineros,  
¡Amaina la mayor, iza trinquete!  
Esfuerzan esta voz los pasajeros,  
Y á la triza un gran número arremete:  
Los otros de tropel corren lijeros  
A la escota, á la braza, al chafaldete;  
Mas del viento la fuerza era tan brava,  
Que ningun aparejo gobernaba.

Abrese el cielo, el mar brama alterado,  
Gime el soberbio viento embravecido;  
En esto un monte de agua levantado  
Sobre las nubes con un gran ruido  
Embistió el galeon por un costado  
Llevándolo un gran rato sumergido,  
Y la gente tragó del temor fuerte  
A vueltas de agua la esperada muerte.

Mas quiso Dios que de la suerte, como  
La gran ballena el cuerpo sacudiendo,  
Rompe con el furioso hocico romo  
De las olas el ímpetu venciendo;  
Descubre y saca el espacioso lomo  
En anchos cercos la agua revolviendo:  
Así debajo el mar salió el navio  
Vertiendo á cada banda un grueso rio.

El proceloso bóreas mas crecido  
La mar hasta los cielos levantaba,  
Y aunque era un mangle el mástil muy fornido,  
Sobre la proa la alta gavia estaba;  
La gente con gran fuerza y alarido  
En amainar la vela porfiaba,  
Que en forma de arco al mástil oprimia,  
Y así la racamenta no corria.

Eolo, ó ya fué acaso, ó se doliendo  
Del afligido pueblo castellano,  
Iba al valiente bóreas recogiendo  
Queriendo él encerrarle por su mano;  
Y abriendo la caverna, no advirtiendo  
Al céfiro que estaba mas cercano,  
Rotas ya las cadenas á la puerta,  
Salió bramando al mar, viéndola abierta.

Y con violento soplo arrebatando,  
Cuantas nubes halló por el camino,  
Se arroja al levantado mar, cerrando  
Mas la noche con negro torbellino;  
Y las valientes olas reparando  
Que del furioso cierzo repentino  
Iban la via siguiendo, las airaba,  
Y el removido mar mas alteraba.

Súbito la borrasca y travesía,  
Y un turbion de granizo sacudieron  
Por un lado á la nao, y así perdía,  
Que al mar las altas gaviás descendieron:  
Fué la furia tan presta, que aun no habia  
Amainado la gente, cuando vieron  
Los pilotos la costa y viento airado,  
Rindieron la esperanza al duro hado.

Travesía era el viento, y por vecina  
La brava costa de arrecifes llena,  
Que del grande reflujo en la marina  
Hervia el agua mezclada con la arena:  
Rota la escota, larga la bolina,  
Suelto el trinquete, sin calar la entena,  
Y la poca esperanza quebrantada  
Por el furioso viento arrebatada.

La nao del mar y viento contrastada  
Andaba con la quilla descubierta,  
Ya sobre sierras de agua levantada,  
Ya debajo del mar toda cubierta:  
Vino en esto de viento una grupada  
Que abrió á la agua furiosa una ancha puerta,  
Rompiendo del trinquete la una escota,  
Y la mura mayor fué casi rota.

Alzóse un alarido entre la gente  
Pensando haber del todo zozobrado;  
Miran al gran piloto atentamente  
Que no sabe mandar de atribulado;  
Unos dicen: ¡zaborda!, otros: ¡detente!  
¡Cierra el timon en banda! y cuál turbado  
Buscaba escotillon, taba ó madero,  
Para tentar el medio postrimero.

Crece el miedo, el clamor se multiplica,  
Uno dice: ¡á la mar! otro: ¡arribemos!  
Otro da grita: ¡amaina! otro replica:  
¡A orza, no amainar, que nos perdemos!  
Otro dice: ¡herramientas; pica, pica!  
¡Mástiles y obras muertas derribemos!  
Atónita de acá y de allá la gente  
Corre en monton confuso diligente.

Las gúmenas y jarcias rechinaban  
Del turbulento céfiro estiradas,  
Y las hinchadas olas rebramaban  
En las vecinas rocas quebrantadas:  
Que la oscura tiniebla penetraban,  
Y ser razon de nubes intrincadas;  
Y así en las peñas ásperas batian  
Que blancas hasta el cielo resurtian.